

***¿De qué hablamos cuando hablamos de Noroeste argentino?
Configuraciones culturales de un imaginario regional***

Soledad Martínez Zuccardi
CONICET-INVELEC

Fabiola Orquera
CONICET-ISES

Resumen

Este artículo aspira a mostrar que las culturas que se producen en el noroeste argentino manifiestan un vínculo estrecho entre el sistema económico dominante (la industria azucarera) y la institución regente (la Universidad Nacional de Tucumán). Los paradigmas estéticos e ideológicos que articulan los discursos emitidos desde ese marco constituyen instancias de diálogo con respecto a la sociedad que los genera y el marco nacional e internacional en el que la esfera local está inserta. A diferencia de las culturas metropolitanas, articuladas en torno a paradigmas europeos y sobre todo franceses, el corpus desarrollado en el siglo XX en las provincias del noroeste lleva a concebir un sistema de referencialidad y consagración policéntrico, en el que las dominantes estéticas europeístas coexisten con prácticas y valores de raíz andina y con una pulsión creativa que se aferra al trabajo del hombre y la reflexión sobre su quehacer como elementos seminales de su urdimbre simbólica.

Para abordar el estudio de esta región, por lo tanto, se toman dos vías: por un lado, se identifican los momentos en los que se elaboraron proyectos culturales tendientes al fortalecimiento de la identidad regional, generados por intelectuales cuya cercanía al poder les permitió llevar a cabo tales ideas. Por otro lado, se traza un recorrido por representaciones artísticas que se proyectan sobre la región, tomando como eje los dos grandes ámbitos que la atraviesan, el azucarero y el calchaquí, y considerando la reflexión crítica existente sobre esas producciones.

Palabras clave

Cultura, noroeste, regional, identidad

Abstract

This article aspires to show that the cultures produced in the Argentinean North West suppose a tight link between a dominant economic system (the sugar cane industry) and a regent institution (the University of Tucuman) Aesthetic and ideological paradigms that articulate the discourses emitted in that context constitute instances of dialogue with the society that generates them and the national and international frame in which the local sphere is inserted. Different from the metropolitan scene -articulated around European paradigms, over all French- the corpus developed in the XXth century in this region demands an explanatory model based on a polycentric system of references and consecration, where Euro-centered aesthetic ideals coexist with Andean-rooted practices and values, and a creative impulse clung to labor, and the reflection on it, are seminal elements of its symbolic warp.

To address the study of this region, then, two ways are considered: on one hand, the identification of moments when intellectuals whose closeness to national power design cultural projects to set up the regional strengthening and make their ideas to be accomplished. On the other, an itinerary on artistic representations projected on the region is outlined, taken as axis two main spheres, one related to sugar cane and the other linked to the Calchaqui ancestors, considering the critical reflection made on those productions.

Keywords

Culture, North West, regional, identity

Introducción

Entre los distintos modos de abordar la cuestión de la región, aquí interesa el punto de vista de la cultura, entendida en el sentido que le asigna Clifford Geertz (1977), como una urdimbre de tramas de significación en la que el hombre está inmerso. Lejos de encuadrarnos en un enfoque antropológico, el objetivo es captar los ejes significantes más preponderantes, teniendo en cuenta la historia y el contexto socio-económico de la región y el complejo sistema de representaciones conformado por los distintos estratos étnicos y sociales. Lo que trataremos de mostrar aquí es que en el noroeste esa elaboración simbólica tiene como característica preponderante el vínculo estrecho con una producción económica dominante (la industria azucarera) y con una institución regente (la Universidad Nacional de Tucumán), de modo que los paradigmas estéticos e ideológicos que articulan los distintos discursos constituyen instancias de enunciación dialógica con respecto a la sociedad que los produce y al marco nacional e internacional en el que la esfera local está inserta.

A diferencia del sentido en el que se entienden las culturas metropolitanas, restringido habitualmente a los productos letrados de la sociedad, articulados en gran medida en torno a paradigmas europeos y sobre todo franceses, el corpus desarrollado en el siglo XX en las provincias del noroeste lleva a concebir un sistema de referencialidad y consagración poli-centrado, en el que las dominantes estéticas europeístas coexisten con prácticas y valores de raíz andina y con una pulsión creativa que se aferra al trabajo del hombre y la reflexión sobre su quehacer y sus circunstancias de vida como elementos seminales de la urdimbre simbólica. De este modo, es importante notar que una historia de la cultura de esta región, y de cualquiera de los campos que la componen, no es compatible con una sucesión de paradigmas estéticos emanados desde otras regiones, sino que implica una estructura densa, en la que coexisten modelos de distinta duración y de distintas procedencias, que pueden intercalarse o imbricarse entre sí. Contar esa historia en función de una sucesión de istmos significaría una reducción de las diversas aristas en las que este proceso no-lineal se manifiesta.

De acuerdo con el historiador catamarqueño Armando Raúl Bazán, el primero en usar la expresión “Noroeste Argentino” fue el tucumano Ernesto Padilla en 1910, y tuvo tal aceptación que se la usó para referirse a la conferencia celebrada en Salta en 1926, que reunió a gobernadores de las provincias antes llamadas “arribeñas”: Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja (1986: 12). Por su parte, el filósofo tucumano Gaspar Risco Fernández (1991 [1986]: 118 y Bazán 2000), basándose en los estudios arqueológicos de Alberto Rex González y Dick Edgar Ibarra Grasso, remite la constitución de la región al período pre-hispánico, distinguiendo cinco períodos: “La Cultura Tucumana (Candelaria-Ciénaga y Condorhuasi, período temprano [ca. S.I-650]); la Cultura Draconiana (La Aguada, Período Medio [ca. 650-850]); la Cultura Chaco-Santiagoña (Sunchityoc-Averías como nexo marginal entre los períodos Medio y Tardío) y el complejo Diaguita-Calchaquí (Sanagasta, Belén, Santamaría y De la Quebrada de Humahuaca, en el Período Tardío [850-1480])”. Finalmente, los Incas se extendieron por valles y quebradas entre Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca y La Rioja, hasta que sobrevino la conquista española, en 1550.

Considerando esos estratos, Risco Fernández (1991 [1986]: 118-119) sostiene que el NOA sólo puede ser comprendido como “una pista de constelaciones culturales superpuestas” que integraron, junto al sur de Bolivia y el norte de Chile, el Área Meridional del “macrohorizonte panandino”, cuyo clímax estuvo dado por la Cultura Draconiana. Si bien no fue un centro

generador de innovaciones o de intercambios de igual a igual con otros centros, esta región “mostró una gran capacidad de apropiación, adaptación, reinterpretación, e incluso recreación” de las “activaciones recibidas de lejanos centros expansivos”. La etapa hispano-indígena, por su parte, habría oscilado “entre el proyecto medieval-barroco, unificador y concéntrico [de los Austrias], y el proyecto de la modernidad secular, pluralista y excéntrico [de los Borbones]” (1991 [1986]: 138). En el modelo elaborado por el brasileño Darcy Ribeiro para las Américas -que sigue Risco Fernández-, el NOA se asimila a los Pueblos Testimonio, por la incidencia de las altas culturas andinas, y a los Pueblos Nuevos, por haberse impuesto en el período nacional el dominio de “la ciudad litoral, dinámica y excéntrica”. A pesar de haber cumplido un rol decisivo en las guerras de Independencia, fue “ignorado y sometido a un progresivo desmantelamiento” por el Puerto, que creció “a espaldas de la protohistoria y de la pluralidad regional que lo sustentaba” (1991 [1986]: 140-141).

Recién con la Generación del Centenario, intelectuales como Juan B. Terán, Alberto Rougés y Ernesto Padilla elaboraron un proyecto regional montado sobre la modernización que significó la llegada del ferrocarril a la región, posibilitando el fortalecimiento de la industria azucarera y ésta a su vez la fundación de la Universidad Nacional de Tucumán (Bravo y Campi 2010). A lo largo del Siglo XX la industria azucarera se constituyó en el gran articulador de la fisonomía geocultural del noroeste, junto a la industria vitivinícola en los valles calchaquíes y la minería en la Puna, que generaron también proyecciones simbólicas, aunque en medida mucho menor¹. Dichas matrices económicas y sociales coexisten y a menudo se imbrican con paradigmas y debates estéticos provenientes del Puerto, que inciden sobre todo en los centros urbanos, y con prácticas ancestrales que, por ubicarse en zonas montañosas, mantienen antiguos rasgos.

Además de las “constelaciones culturales superpuestas” imbricadas a través del tiempo, Risco Fernández observa que la región andina -y los Valles calchaquíes- se organizan en un sistema de pisos en los que cada uno posee un repertorio limitado de recursos que se intercambian en base a un criterio de complementariedad, en coincidencia con el mundo andino, según el clásico estudio del etnohistoriador John Murra. Ahora bien, la industrialización de la caña de azúcar generó una relación de distanciamiento y explotación de los habitantes de los cerros altos, totalmente ajenos al clima del llano y a la forma de vida pautada por la cosecha. De ahí que surja una conciencia crítica de esa modernidad, como se advierte en el testimonio de la coplera tucumana Gerónima Sequeida (Risco Fernández 1991 y Orquera 2006).

Se advierte así la coexistencia de tres matrices simbólicas que pueden imbricarse: la que expresa la vida y los conflictos suscitados por las formas de producción económica dominantes, la que proviene de corrientes estéticas generadas en los centros urbanos cosmopolitas, y la que se nutre en las culturas preexistentes a la conquista española. La primera tiene lugar en el “llano zafrero”, la segunda en las ciudades y la tercera se ubica sobre todo en los “cerros altos”. La industria azucarera hace que la estructura social preponderante se componga de tres estratos: élites, trabajadores permanentes y campesinos migrantes, llamados “trabajadores golondrina”. Las élites están integradas por familias que llegaron en algún momento de la conquista o en el Siglo XIX -sobre todo desde Francia- y que cuentan con un capital económico y cultural que los habilita para realizar proyectos de innovación tecnológica y cultural (Chamosa 2010: 67-68); los trabajadores permanentes son los que están capacitados para manejar maquinarias o realizar tareas de oficina y los obreros golondrina se cuentan en gran medida entre descendientes de las culturas ancestrales, subalternizadas a partir de la conquista. Esta población vive en condiciones de precariedad extrema y queda prácticamente fuera de la educación formal, debido a los

desplazamientos cíclicos constantes y a la naturalización del trabajo infantil (Kirchner 1980; Vessuri 1971 y 1978). Las relaciones entre los grupos mencionados son complejas: si por un lado los dueños de ingenios ejercen relaciones de explotación en distintos grados sobre sus subordinados, por otro lado construyen un modelo de región que se anima a contrarrestar la hegemonía rioplatense (Chamosa 2010: 64-92).

En cuanto a los intercambios de prácticas y discursos culturales, se dan de distinto modo en todos los niveles: mientras que los hijos de las familias más pudientes se forman habitualmente en Córdoba o Buenos Aires y realizan viajes iniciáticos a Europa, los jóvenes de clases medias buscan profesionalizarse estudiando en la Universidad de Tucumán, que se constituye en un espacio de confluencias interprovinciales de gran intensidad. Por su parte, los trabajadores golondrina se ven obligados a dejar sus lugares de origen para recorrer la ruta de las cosechas, de los cañaverales a la tala del quebracho en Santiago y Chaco, el algodón en Santa Fé, la papa en Mar del Plata, la vid en Mendoza y la manzana en Río Negro. Si bien la imposibilidad de producir sus propias representaciones dificulta la elaboración simbólica de su propia experiencia, es la mirada de artistas interesados en la cuestión social la que la registra y elabora en el engarce justo entre la estética y la política, como ocurre sobre todo en la crisis desatada por el cierre de ingenios decretado por el gobierno de facto del Gral. Onganía en 1966 (Orquera 2010a).

Lo que presentamos en esta oportunidad está lejos de cualquier pretensión totalizadora sobre la cuestión de la cultura del noroeste. Se trata, en cambio, de un abordaje abierto a las dimensiones de lo político, lo económico y lo social que busca mostrar una red cultural en su densidad, que va desde lo oral-popular a lo letrado-académico y que es resultado de la interacción pluridimensional de experiencias, reflexiones y proyecciones simbólicas de sujetos que se adscriben a ejes geo-culturales capaces de aglutinar procesos de identificación de gran alcance. Para abordar la conceptualización del noroeste, por lo tanto, vamos a tomar dos vías: por un lado identificaremos los momentos en los que se elaboraron proyectos culturales tendientes al fortalecimiento de la identidad regional, generados por intelectuales cuya cercanía al poder les permite llevar a cabo tales ideas. Por otro lado, haremos a la matriz de representaciones artísticas que se proyectan sobre la región tomando como eje un ámbito que la atraviesa -el azucarero-, considerando también las reflexiones críticas realizadas sobre esas producciones. Cabe aclarar, sin embargo, que si bien éstos constituyen vectores principales en la construcción de la región, ello no implica que no haya otros con poder articulante, como los que se centran en el espacio calchaquí y en el imaginario urbano orientado a la matriz cultural metropolitana, que reviste su interés, -no sin conflictos- al paradigma civilizatorio y eurocentrado de la cultura argentina. Del mismo modo, nuestro enfoque se centra en el largo período que llega hasta la década del setenta, cuando la última dictadura interrumpe violentamente el proceso de formación de los campos culturales provinciales, sobre todo en la provincia de Tucumán (Orquera 2010a).

Proyectos culturales institucionales

La Universidad de Tucumán y el planteo regional: Terán, Rojas Coviello y Descole²

Como ha señalado Risco Fernández, en el Noroeste la reflexión sobre la región está íntimamente ligada a la existencia de la Universidad de Tucumán (1991 [1986]: 165). Un escrito pionero en

este sentido es “Origen de la nueva Universidad” (1917) de Juan B. Terán, fundador y primer rector de la casa de estudios (y figura dominante en la vida de la institución hasta su renuncia en 1929). El texto corresponde a la exposición de motivos presentada en 1909 en la Legislatura provincial para fundar el proyecto de ley de creación de la mencionada institución, sancionado en 1912³. De carácter argumentativo y programático, se propone defender la iniciativa ante las críticas que había recibido desde Buenos Aires (a poco de presentado el proyecto en la Cámara de Diputados, el diario *La Nación* lo detracta, negando la existencia en Tucumán de un ambiente adecuado para una fundación universitaria: Páez de la Torre, 2004: 43-47). Basa su argumentación en la necesidad de una Universidad para el Norte argentino y de una región norteña con Universidad, sosteniendo que una casa de estudios superiores erigida en una zona azucarera e intensamente industrial, constituiría una etapa lógica en la historia económica y proporcionaría los medios idóneos para el desarrollo científico de la industria azucarera y la evaluación de su producción, legitimando el proteccionismo del que tal industria gozaba. Por este motivo, la iniciativa es presentada como “una obra de armonía y de solidaridad nacional, no obstante su aspecto regional” (Terán, s/f: 9-10).

En el mismo sentido, Terán defiende la idea de que el Noroeste constituye una región destacando argumentos demográficos, geográficos, históricos, y “espirituales”. La describe como una extensa zona cuyas provincias -menciona a Tucumán, Santiago del Estero, Salta, Catamarca y Jujuy- representan más de un millón de habitantes. Su centro “de atracción natural” sería la ciudad de San Miguel de Tucumán, destacándose su “vida industrial y agrícola activa e inteligente” y su “tradición escolar”. Las poblaciones de la región compartirían “un sentimiento indefinido, pero cierto, de afinidad”, explicable por la tradición histórica -su división política sería un hecho “relativamente moderno”-, el medio geográfico, una estrecha semejanza étnica y una evolución moral conjunta” (25). La “misión” central de la Universidad sería precisamente “revelar esa unidad en el pasado” que habría sido “oscurecida en la vaguedad o unilateralidad de la historia oficial” (24) y con ello contribuir a la recuperación del auténtico “espíritu nacional”.

Es decir que son diversas las operaciones que realiza Terán para fundar su proyecto: a) procura probar la existencia de rasgos propios para postular la unidad del Norte como región; b) establece la necesidad de estudiar e investigar este espacio; c) señala que tales investigaciones permitirían revelar la tradición de la región; y d) sugiere que el conocimiento de esa tradición estimularía los sentimientos y la conciencia regionales. Siguiendo esta línea de razonamientos, sugiere además que las provincias del Norte serían, en contraste con otras zonas del país y en tanto espacios donde se preserva la tradición, “sociedades genuinas”, que tienen un “carácter especial” por ser “incomparablemente superior” su población nativa (Terán, s/f: 22).

La nueva Universidad trae aparejado un espacio y un proyecto de estudio sobre ese espacio, implementado a partir de la conformación de todo un movimiento de investigación de la historia de Tucumán y del Norte que cobra un notable impulso en las dos primeras décadas del siglo XX. Ramón Leoni Pinto indica que esos años constituyen el punto de arranque de la “historia científica en la provincia” (1995: 71ss), marcado por los estudios realizados por el mismo Terán (que da a conocer su libro *Tucumán y el Norte argentino* en 1910) y por otros integrantes del grupo fundador de la Universidad, como Ricardo Jaimes Freyre (autor de *Tucumán en 1810*, *Historia de la República de Tucumán*, *El Tucumán del siglo XVI*, *El Tucumán colonial*, *Historia del descubrimiento de Tucumán*, aparecidos entre 1909 y 1916, los tres últimos con el sello de la flamante Universidad) y Julio López Mañán (autor de *Tucumán antiguo*, de 1910), así como por el impulso oficial brindado a la edición de textos vinculados al pasado provincial y regional (los

volúmenes publicados en 1916: *Tucumán a través de la historia*. *El Tucumán de los poetas* de Manuel Lizondo Borda, *El Congreso de Tucumán* de Paul Groussac, el lujoso *Album del centenario*), y a la organización sistemática de archivos históricos en la provincia, tarea encomendada a Jaimes Freyre. Este movimiento implicó la producción de un nutrido conjunto de textos en los que se fija una historia y una tradición para Tucumán y para el Norte argentino. La creación de la Universidad y el diseño de este programa de investigación responden no sólo al anhelo de Terán de forjar una conciencia regional, sino también de sacar al Norte de la oscuridad en que desde su perspectiva se encontraba y exhibirlo a los ojos de la nación como un instrumento de salvación.

Al inaugurarse la Universidad de Tucumán en 1914, el entonces gobernador de la provincia, Ernesto Padilla, invita a Ricardo Rojas a ocupar la cátedra de extensión universitaria. En ese marco, Rojas pronuncia tres conferencias, reunidas luego en el libro *La Universidad de Tucumán*, publicado en Buenos Aires en 1915 y dedicado precisamente a Padilla por su autor. Interesa aquí sobre todo la primera de dichas conferencias, titulada “El ambiente geográfico y el nombre de la Universidad de Tucumán”, que se detiene en el trazado del pasado ilustre de la región, que Rojas prefiere llamar “el Tucumán”. Afirma que este nombre es anterior a la nacionalidad argentina, a la conquista española y a la expansión incaica, y que se halla, además, indisolublemente adherido al suelo que designa, “como si fuera un bautismo de Dios”. Se detiene en la reconstrucción de la “antigüedad prístina de vuestro nombre regional” y cita algunos escritos coloniales donde el vocablo aparece. Considera distintas teorías construidas en torno al posible origen de la voz “Tucma” y concluye destacando el misterio que rodea tal origen: “Por eso digo que ese nombre del Tucumán surge desde el misterio de la prehistoria americana, brillante ya en las páginas de Garcilaso, pero que tiene, como un astro a la noche, por fondo de su luz la noche ignota de los más remotos tiempos americanos” (Rojas, 1915: 34).

Así, Rojas contribuye a forjar una imagen casi mítica y épica de “el Tucumán”, afín a la idea de destino que proclama; remontándose al siglo XVII, señala: “(...) no designaba una región administrativa de límites precisos, sino una entidad espiritual, especie de numen de la nacionalidad argentina que estaba encarnándose en un cuerpo geográfico, quien, a través de integraciones y pérdidas parciales, vendría a constituir el territorio del ‘virreinato’ primero, las ‘provincias unidas’ más tarde, la ‘confederación’ posteriormente, y, por fin, la ‘nación argentina’ de nuestros días” (41-42). Este nombre, “que adjetivaba casi todos los pueblos y los seres que su gran territorio contenía” -Rojas menciona que se hablaba de “Córdoba del Tucumán” o de “La Rioja del Tucumán”- es presentado como un símbolo de la unidad nacional. Si bien advierte que más tarde esta unidad se desgranaría, no obstante, la ciudad de San Miguel de Tucumán se convertiría en “la heredera del nombre, las responsabilidades y la gloria de aquel sucesivo Tucumán de los incas, de los reyes y de los héroes” (46-47).

La fundación de una Universidad sumaba un hito más en el linaje de grandes hechos acontecidos en la provincia donde se había fundado la República y la que, por eso mismo, tenía “un destino nacional que cumplir” para restaurar la génesis de su “nombre legendario”. La guerra que en ese momento ahogaba a la culta Europa obligaba a la Argentina, en la perspectiva de Rojas, a consolidar su cultura: “crear una cultura propia en el nuevo mundo por la autonomía de la riqueza y del ideal” (1915: 54). “Providencia”, “Dios”, “destino”, “advenimiento”, son términos usados para reforzar la idea de que la Universidad y el Norte están “llamados” a salvar la nación: “(...) concibo los orígenes de esta escuela como una germinación de invisibles simientes vitales. De ahí que los iniciadores de esta Universidad exceden ante mis ojos (...) el límite de los simples

aciertos burocráticos, para entrar en la zona de lo sacerdotal y lo misterioso, como inspirados intérpretes de un gran destino. Por eso la Universidad de Tucumán es más que una fundación: es un advenimiento” (22).

Ya a finales de la década de 1930 será Alfredo Coviello quien retome la idea de la misión regional de la Universidad, aunque combinándola con un “sentido universal”. Consejero de esta institución, impulsó la creación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la modernización de la Facultad de Bioquímica. Viéndose como continuador de la obra de Terán (una vez que éste ya estaba alejado del cargo y durante el rectorado reformista de Julio Prebisch), siguió conjugando los proyectos universitarios con las necesidades del país en el Departamento de Investigaciones Regionales, creado en 1937 para ocuparse del estudio integral del Norte desde distintas áreas y campos disciplinarios (medicina, historia, lingüística, folklore, investigaciones botánicas, económicas, sociológicas, técnico-industriales).

En 1941 publicó dos libros en los que reflexiona sobre estas cuestiones: *Geografía intelectual de la República Argentina*, donde establece que el país está dividido “naturalmente”, además de la Capital Federal, en cinco regiones (“norte, centro, cuyo, litoral, y sud”), y *El sentido integral de las universidades regionales*, en el que traza un panorama de los problemas que aquejan al país, proponiendo la idea de “regionalidad” como una salvación del destino nacional.

Para Coviello las regiones, aunque no estén delimitadas constitucional, legal y políticamente ni dibujadas en la carta magna, son “formaciones naturales” que impulsan el destino de una zona (1941: 22-23); comparten “una serie de factores naturales, económicos, industriales y aun una serie de hechos históricos” (21) y poseen “un alma, una conciencia, plena o parcialmente desarrollada” que es necesario estimular. Fiel a la idea nacionalista de un interior puro e incontaminado, afirma que es en las regiones donde “más se halla cimentada la tradición, en el más esencial sentido de la argentinidad” (22). Sin embargo, nota que el crecimiento desproporcionado de la capital impedía “un desarrollo proporcional y armonioso” del todo y como piensa que de su “proporcionalidad geográfica” dependía su equilibrio cultural, propone el ideal de “regionalidad”, concepto que “ha de interpretarse como proporcionalidad, como armonía cultural, como equilibrio del desarrollo intelectual, como desarrollo normal -no hipertrofiado- de la salud espiritual del país” (32). Dicha regionalidad sería una responsabilidad nacional: “La Nación, como entidad de conjunto, debe tener un interés extraordinario en armonizar, en equilibrar la formación del cuerpo que constituyen las provincias. Y el mejor modo es fomentando el desarrollo gradual, intenso, profundo, integral de la región. Quizá aquí resida su más grave responsabilidad para la argentinidad del futuro nacional” (1941: 32).

Las universidades regionales representarían el principal instrumento de este anhelo, que Coviello visualiza como “auténticamente argentino e indesvirtuablemente patriótico”. Como Terán y Rojas, las concibe como “una contribución paralela a otras que tienden a conquistar el establecimiento de un equilibrio interno que no existe actualmente en el país. No son solamente faros que iluminarán vastas regiones, sino focos de luz que atraerán con fuerza propia” (1941: 189) Coincide con Terán en que estas instituciones tenderán a “arraigar a la juventud en su propia zona” para que estudie “sus propios problemas”. A la vez, piensa que lo regional debe conjugarse con lo que denomina “integral”, cuyo sentido asimila a “universal”. Justifica así la necesidad de crear también facultades “integrales”, como las de Derecho y Ciencias Sociales y Bioquímica, nacidas, según se indicó, por su iniciativa.

Por su parte, Horacio Descole, rector de la Universidad Nacional de Tucumán durante el primer gobierno peronista, puso en marcha notables proyectos directamente orientados al desarrollo del noroeste. Si bien no dejó testimonios escritos sobre el tema, su gestión es descripta entre otros por Risco Fernández como “un verdadero pensamiento en acción, auténticamente universal y regional al mismo tiempo” (1991: 171). Descole animó la expansión de las localizaciones universitarias y las misiones científicas por todo el Norte argentino, haciendo confluir el potencial de todos los institutos departamentalizados del nuevo sistema docente y proyectando una ciudad universitaria que buscaba favorecer el vínculo entre experiencia y práctica del estudiantado, así como la convivencia obrero-intelectual y la solidaridad entre cultura popular y cultura científica. Sin embargo la construcción de esa ciudad universitaria, proyectada con pensamiento de vanguardia, fue interrumpida por el golpe de 1955, y hoy sólo quedan sus ruinas⁴.

En el aspecto cultural resulta especialmente destacable la creación del Instituto Cinefotográfico, en 1946 y el Departamento de Artes, en 1947. El primero fue dirigido por Abel Peirano y asumió el carácter de una entidad autónoma destinada a producir material cinematográfico con fines educativos. Por decisión de la Universidad Nacional de Tucumán, Peirano tuvo que desempeñar en 1946 el rol de interventor de la Escuela de Minas en Jujuy, y siguió como su director cuando ésta se transformó en Instituto de Geología y Minería. En 1947 esta institución patrocinó, junto al Instituto Cinefotográfico, uno de los primeros registros fílmicos realizados en esa provincia: En las tierras del silencio, “un documental de tipos, usos, costumbres, música y paisajes de la Quebrada de Humahuaca” (Enrico y Díaz Suárez 2006: 5), que fue presentada por Descole al mismo Juan Domingo Perón. Claro que la máxima proyección regional del Instituto Cinefotográfico se da entre 1963 y 1967, cuando bajo el rectorado de Eugenio Flavio Virla es contratado el cineasta Jorge Prelorán, quien lleva a cabo una serie de documentales de corte antropológico ambientados en el noroeste, tales como “Chuculezna”, “El Tincunaco”, “Jujuy, la Quebrada de Purmamarca”, “La Feria de Yavi”, “Salta y su Fiesta Grande” y “Un tejedor de Tilcara”. Además, Prelorán realiza, con financiamiento del Centro Cultural Rojas, de la Universidad de Buenos Aires, una serie de documentales musicalizados por Leda Valladares, quien toma ese trabajo como vía para iniciar su registro de cantos ancestrales de la región como etapa inicial de su proyecto de elaborar un “mapa musical de la Argentina” (Orquera 2015).

Juan Alfonso Carrizo y la recopilación del folklore musical

La creación de la Universidad Nacional de Tucumán fue seguida por nuevos proyectos que, como Oscar Chamosa (2010a) y Diego Cheín (2010) coinciden en señalar, tuvieron como referentes a Joaquín V. González y Ricardo Rojas. El primero de ellos fue impulsado por Alberto Rougés y Ernesto Padilla y postulaba que la enseñanza del folklore podía funcionar como antídoto para la pobreza moral que asociaban a las ciudades, sobre todo a Buenos Aires. Ellos veían en las prácticas culturales de los habitantes de los Valles Calchaquies que trabajaban en el Ingenio Santa Rosa -propiedad de Rougés-, el modelo del criollismo que querían difundir. Su conservadurismo político iba refrendado por una férrea adhesión al catolicismo y al hispanismo, que proyectaban a las prácticas de los campesinos de tierra adentro porque consideraban que el relativo aislamiento en el que vivían los mantenía margen de la tecnología y las ideas a menudo revolucionarias de la modernidad.

El tenaz esfuerzo de los dirigentes azucareros por fortalecer la región y los estudios sobre ella se manifiesta en la creación del Instituto de Etnología, a cargo del belga Alfred Métraux -dentro del

Museo de Historia Natural dirigido por el naturalista Miguel Lillo-, y el Instituto de Historia, Lingüística y Folklore, nacido en 1937, dentro del Departamento de Investigaciones Regionales. Además, entre 1928 y 1939 Alberto Rougés y Ernesto Padilla impulsaron la publicación de una serie de cancioneros recopilados en las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago y Catamarca por el maestro catamarqueño Juan Alfonso Carrizo en el ámbito de la Universidad Nacional de Tucumán, con el financiamiento del Centro Azucarero Argentino y el Ministerio de Instrucción Pública -que Padilla dirigió durante la presidencia del Gral. José Félix Uriburu- (Chamosa 2010a: 97) Dichos cancioneros refrendaban la teoría del noroeste como reservorio oral de la literatura del Siglo de Oro, favoreciendo la idea de que los cañeros y los dueños de ingenios eran los custodios de esas tradiciones, que sentían amenazadas por la migración de campesinos a las ciudades y la influencia de la radio (Chamosa 2010b). Al mismo tiempo, la supervivencia de literatura hispánica respaldaba la idea de una supremacía blanca entre los trabajadores de la industria azucarera lo que exigía que se otorgaran subsidios nacionales para sostener los salarios. Si bien Carrizo hace referencia a relatos y rituales de origen Calchaquí -como las apachetas-, las subsumía en una elaboración ficcional vinculada a la tradición europea, lo que no impedía que recogiera vidaladas y relatos, generando la primera recopilación sistemática de esos materiales⁵.

La investigación del catamarqueño pronto se constituyó en un patrón de trabajo seguido por los folklorólogos tanto “provincianos” -Carrizo, Bruno Jacovella, Orestes Di Lullo y Rafael Jijena Sánchez- como “porteños” -Ismael Moya, Augusto Raúl Cortazar, Carlos Vega e Isabel Aretznucleados en torno a la Universidad Nacional de Buenos Aires (Cheín 2010: 167). A pesar de las diferencias teóricas, metodológicas y de lugar de enunciación, todos ellos se ocuparon del noroeste, haciendo del Valle Calchaquí el área de folklore más investigada del país (Chamosa 2010a: 100-105). Es decir que a pesar de las críticas que se expresaron por el marco católico e hispanista, el aporte de Carrizo fue ampliamente valorado, al punto de que fue convocado como primer director del Instituto de la Tradición fundado en 1943, cargo que ocupó hasta su muerte, en 1956.

La Quebrada de Humahuaca como reducto de nacionalidad y polo turístico

La puesta en relieve del noroeste en la historia nacional tuvo un notable impulso en el marco de los rituales cívicos promovidos en las décadas del veinte y treinta. Por un lado la casa donde se firmó la Independencia en Tucumán se consagra como sitio de recordación nacional, por otro en 1922 se impone el “Exodo jujeño” como evento paradigmático en las Guerras de Independencia. Asimismo, las familias “de origen patricio y con intereses territoriales en la Quebrada” forman una comisión de homenaje a los arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti, quienes habían iniciado la excavación y reconstrucción del Pucará de Tilcara entre 1908 y 1910. El monumento se inaugura en 1935, durante la restauración conservadora; se trata de una “pirámide truncada”, diseñada por el arquitecto Martín Noel, cuya construcción se llevó a cabo con el apoyo de los poderes legislativo y ejecutivo de Jujuy y suscripciones voluntarias. Los festejos alcanzaron gran fasto y fueron detallados por la prensa local y nacional y se repitieron en 1945, al celebrarse los diez años de dicha inauguración, ya sobre el final del gobierno iniciado con el golpe militar de 1943. En 1948 Eduardo Casanova, discípulo de los arqueólogos e impulsor de sus homenajes, retoma la reconstrucción del Pucará, que continuará hasta 1967. Sin embargo, como señala Gabriela Karasik (2007), el trabajo arqueológico iba a menudo en contra del sistema de creencias y valores de los antiguos habitantes del lugar.

Las obras emprendidas en Jujuy iban respaldadas por la Comisión nacional de museos, monumentos y lugares históricos, que comenzó a funcionar en 1938, durante la presidencia de Roberto Ortiz y la vicepresidencia del catamarqueño Ramón Castillo, muy vinculado a Ernesto Padilla. Como señala Oscar Chamosa (2010a: 122-125), dicha comisión apoyó la reconstrucción de los edificios históricos de la Quebrada de Humahuaca y la Puna, concebidos como telón de fondo para los espectáculos folklóricos y como focos de atracción turística. Padilla, cuya familia pasaba los veranos en la zona, fue uno de los promotores de la medida, que incluía la participación de la Dirección de Obras Públicas y de Vialidad Nacional -para la construcción de vías ferroviarias y caminos-, creadas durante el gobierno de Agustín Pedro Justo, para reconstruir las capillas de Huacalera, Purmamarca, Tilcara, Humahuaca, Casabindo y Yavi, así como la residencia del Marquesado de Tojo en Yavi y Casabindo. Castillo declaró estas construcciones como “monumentos históricos” sujetos a la jurisdicción federal; además, se contemplaba la reconstrucción de cabildos y casas coloniales en todo el noroeste, especialmente de la Casa de la Independencia en Tucumán y, en Humahuaca, el reemplazo del viejo cabildo por uno nuevo, la construcción de una Escuela Normal y la finalización del Monumento a los héroes de la Independencia.

Tales reformas se proponían realzar la belleza natural de la Quebrada, aunque Padilla aspiraba a que además de atracción turística este complejo se convirtiera en sitio de peregrinaje patriótico, capaz de generar un “golpe multidimensional de argentinidad” provocado por el contacto con los tesoros de antiguas civilizaciones, el arte cuzqueño de las capillas de Uquía, Yavi y Purmamarca, el monumento a los quebradeños que lucharon en las guerras de la Independencia y la casa donde el Gral. Juan Lavalle fue ultimado por los rosistas, sitios de memoria que iban acompañados por textos de base hispanista, católica, patriótica y antirevisionista. Asimismo, en el Primer Congreso Nacional de Turismo, celebrado en 1938, se decidió promover festividades públicas a nivel turístico y como herramientas de enseñanza del folklore. El nutrido calendario de la Quebrada, sumado a sus monumentos restaurados, hacían de ese ámbito el testimonio de autenticidad nacional que se ofrecía como alternativa a la frivolidad y los vicios adjudicados por los nacionalistas a las ciudades (Chamosa 2010a: 124).

En cuanto al Monumento a los héroes de la Independencia, nace de una propuesta de Padilla que da lugar a la ley 11.383, de 1926, por la cual se crea una comisión para organizar un concurso dirigido a artistas argentinos a fin de elegir al realizador. Aunque el tiempo de construcción estaba previsto para dos años, se extendió a diez, lapso en el que el tucumano supervisó el proyecto y se ocupó de conseguir financiamiento. La comisión estaba conformada por referentes del nacionalismo conservador cuyo presidente era Ricardo Rojas y reunía entre sus miembros, además de Padilla, al gobernador de Jujuy Benjamín Villafañe, los escritores Leopoldo Lugones y Enrique Larreta, el arquitecto Martín Noel y el historiador Carlos Ibarguren. El ganador fue el escultor Ernesto Soto Avendaño, quien había elaborado su diseño después de haber viajado a la Quebrada. Esta experiencia lo lleva a ubicar el monumento sobre un antigal (cementerio indígena), no para profanarlo, sino para convertirlo en sostén de la figura alegórica central, que representa a “la nación entera” (Fasce 2014: 38) Tal interpretación de las culturas americanas se acerca a la del indigenismo de Ricardo Rojas, imbuido de cierto misticismo y distante tanto del cientificismo positivista que animaba el espíritu de los arqueólogos como del hispanismo más cerrado de Padilla.

Mientras tanto, en Santiago del Estero se está gestando otro proyecto destinado a replantear el lugar del noroeste en el mapa de la nación, a partir de las reflexiones del intelectual santiagueño Bernardo Canal Feijóo sobre su provincia. Movilizado por las ideas que despliega Ezequiel Martínez Estrada en Radiografía de la Pampa, articula la suya en cierta forma como una respuesta que invierte la mirada que hace de Buenos Aires el punto de llegada de todos los caminos. De acuerdo con Adrián Gorelik (2004), Canal Feijóo habría conocido la visión de la historia de Juan Álvarez, la que, a diferencia del “gran relato nacional cristalizado por Mitre”, no planteaba una lucha entre civilización y barbarie, sino una serie de pugnas entre bloques regionales en las que se impuso el dominio del más fuerte en un todo que nunca llega a ser totalmente homogéneo. Otro autor relevante para el pensamiento de Canal Feijóo habría sido el estadounidense Lewis Mumford, quien había diseñado una empresa de planificación para el Valle de Tennessee; parte de su obra fue traducida en la década del treinta la revista *Sur* y se difundió especialmente en el circuito arquitectos de vanguardia interesados en estéticas regionales, como Jorge Kalnay, Jorge Vivanco y Eduardo Sacriste, quienes posteriormente se integraron a la Universidad Nacional de Tucumán y participaron activamente en el PINOA.

Pues bien, Canal Feijóo parte de una aseveración fundamental, que confirma tanto su identificación con ese espacio como una percepción cohesionada del mismo: “no hay en el grandioso país argentino región tan histológicamente integrada y unificada, por encima o por debajo de los límites interiores formales o convencionales, como esta del Norte” (1948: 118). Sin embargo, tal percepción no le impide advertir los problemas que la aquejan: en primer lugar, la “bipolaridad orgánica del ser argentino”, proyectada en “dos potencias morfogenéticas”, a saber: “Buenos Aires y la inmensidad mediterránea, el Puerto y el Desierto, el órgano de la Civilización y el vivero de la Barbarie, la razón centralizadora y la razón descentralizadora”; si bien la Constitución de 1853 se habría preocupado por articular ambos polos, no habría conseguido superar el conflicto. El segundo problema corresponde a la consumación de una modernización periférica derivada del trazado de las vías del ferrocarril en función de los ingenios azucareros y los obrajes -a los que el pensador llama “industria antiforestal”, dejando fuera a los pueblos históricos:

El ferrocarril había sido instaurado con propósitos que no tenían nada que ver con la estructura ya lograda de la provincia. El mapa civil y económico, cuajado en tres siglos de existencia lenta y probada, no contaba (...) Era visible que el trazado de la línea no venía a servir a motivos de la región (...) En la época en que se construían los ferrocarriles, (...) acaso todo el mundo creía que bastaba construirlos, trazar las líneas por donde quiera que fuese, para que el progreso y la riqueza de los pueblos sobreviniesen en mecánica consecuencia. Pero ocurría que, *con* relación al plan vegetativo o histórico de la provincia, las líneas ferroviarias se presentaron con un aire de estar yendo a otra parte, de no haber tocado a la provincia sino para pasar de largo. Las estaciones del camino se jalonaron según distancias de alcance de combustible o de reserva de agua para la locomotora, o de un interés inmediato de explotación de la línea (1948: 36-37).

Este modelo propicia a su vez, en el caso de Santiago, un tercer problema, que es el éxodo interno, por el que los campesinos abandonan la ganadería y la agricultura de sus pueblos de origen, que están “encastrados en el paisaje y en el clima”, para trabajar en los obrajes, que si

bien ofrecen un mejor salario, dejan “el yermo total (disminución de la humedad atmosférica, desorden en el régimen de las lluvias, mayores extremos de calor en verano y de frío en invierno), el desierto absoluto que ya ni las fieras pueden habitar” (Canal Feijóo 1948: 42-43). Como señala Ana Teresa Martínez (2010: 24), se retoma así el problema percibido por Ricardo Rojas en *El país de la Selva* (1908) y puesto de manifiesto por Orestes Di Lullo en *El bosque sin leyenda* (1937) Canal piensa que este fenómeno se ve agudizado por la emigración extra-provincial por la demanda de mano de obra en las distintas cosechas, que superpone “el orden facticio” al “orden histórico”. A la vez, observa que la conformación del territorio nacional tiende a seguir el cauce de los ríos, muchos de los cuales desembocan en Buenos Aires, otorgándole preeminencia. Él se rebela contra esa “representación puramente dinámica y traslaticia” de los ríos por traer aparejadas las concepciones de “aislamiento” y “desierto” mediterráneos y propone que sean recorridos “a contracurso” y pensados como “órganos de estabilización” o “anti-caminos” (Canal Feijóo 1848: 94-95), postulando a su vez “una planificación del Norte tomado como una unidad de integración, geográfica, económica, y sociológica” (118).

Esta idea da lugar al Primer Congreso Regional de Planificación Integral del Noroeste Argentino (PINOA), celebrado del 2 al 7 de setiembre de 1946 en Santiago del Estero. El mismo fue gestado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, que tenía como secretario a Horacio Rava y funcionaba en la biblioteca de la Sociedad Sarmiento, presidida a su vez por Canal. Contó con el apoyo de Miguel Figueroa Román, director del Instituto de Sociografía de Tucumán -entidad privada que se incorporaría a la Universidad Nacional de Tucumán en 1948, bajo el rectorado de Horacio Descole- (Pereyra 2014-15: 129). Es, después de la reunión de gobernadores celebrada en Salta en 1926, el segundo encuentro destinado “a coordinar políticas entre las provincias de la región”, aunque en este caso el protagonismo es asumido por la sociedad civil, sobre todo por técnicos e intelectuales, con la participación de numerosas instituciones (Martínez 2010: 27).

En ese marco de discusión Canal Feijóo define a la “industria forestal” como “un problema social” y manifiesta la voluntad de “trabajar para que todas las Provincias sean ricas, como pueden y deben serlo en nuestro país”, en función de “un sistema integral de planificación” que revalorice el sistema federal (1948: 145). Sobre esa premisa, se abordan los aspectos hídrico, demográfico y universitario, buscando unificar planes de estudio y orientar regionalmente la investigación (160). Asimismo, se postula la creación de un Instituto Permanente (IPINOA), con sede Santiago del Estero, destinado al estudio de problemas físicos, sociales, económicos y culturales no sólo de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja, sino también Norte de Santa Fe, Córdoba, Chaco y Formosa, que eran aun territorios nacionales. La propuesta fue apoyada por el gobernador de Santiago, Aristóbulo Mittelbach, pero la provincia pronto fue intervenida y cuando se normalizó asumió como gobernador Carlos Juárez, quien desplazó como candidato a Orestes Di Lullo. En ese nuevo contexto los planteos del PINOA ya no fueron atendidos y se pusieron los recursos hídricos en el ámbito de la nación (Martínez 2010: 34 y 35).

A pesar de las dificultades, el PINOA tuvo un segundo congreso en Salta, celebrado en mayo de 1950 bajo el impulso de Figueroa Román y el Instituto de Sociografía y Planeamiento. Este instituto congregaba una red de sociólogos, psicólogos, médicos y economistas que aspiraban a un liderazgo regional en investigación social y consiguió el financiamiento del gobierno salteño y el auspicio de los Ministerios de Asuntos Técnicos y de Salud de la Nación para la concreción del encuentro, al que se sumaron organismos técnicos del Estado nacional y provincial y docentes de

las Universidades Nacionales de Tucumán y el Litoral. Los discursos de apertura estuvieron a cargo de Ramón Carrillo, Ministro de salud, Oscar Héctor Costa, gobernador de Salta, y Horacio Descole, decano de la Universidad Nacional de Tucumán y anfitrión oficial del evento. Canal Feijóo había trasladado su residencia a Buenos Aires y no asistió, como tampoco lo hizo Horacio Rava, aunque ambos siguieron en contacto con los organizadores. Constituido Figueroa Román en el principal referente, el tono liberal y antiperonista asociado al primer encuentro dio paso a un acercamiento a las políticas de planeamiento del gobierno nacional.

Después de este congreso las actividades del PINOA se difundieron en espacios culturales como la Biblioteca Alberdi en Tucumán y la Biblioteca Sarmiento en Santiago del Estero, al tiempo que se organizaron cursos y se coordinaron aportes con el Ministerio de Asuntos Técnicos de la Nación. Como subraya Diego Pereyra, más allá de que el PINOA no haya subsistido como institución, su principal legado fue mostrar la necesidad de complementación entre las políticas de planificación del Estado Nacional y de los organismos provinciales y regionales, así como de coordinación entre referentes de la sociedad civil, del estado y de las universidades. La dimensión regional fue tomada como un “instrumento conceptual que permitió operar políticamente, construyendo una identidad cultural homogénea en un territorio geográfico y social que, presuponían, debía ser integrado mediante una acción planificada” (2014-15: 138).

El NOA Cultural y el Centro de Estudios Regionales

Otro momento notable en la reflexión sobre la región fue el impulsado por el filósofo y teólogo Gaspar Risco Fernández desde mediados de los años sesenta. Según él mismo recuerda, el gobierno de facto del Gral. Onganía organizó en 1966 una Comisión Coordinadora Permanente en Acción Cultural en el Noroeste Argentino, con el fin de federalizar las Direcciones de cultura de las provincias, de la región y sus universidades. A pesar del marco dictatorial existente en ese momento, este organismo habría hecho que la cultura pase de ser considerada como “unidad suntuaria de los gobiernos de turno” a ser concebida en un sentido social y comprometido, aunque, dado el marco político imperante, este cambio de perspectiva supusiera “riesgos políticos dentro de los cuadros verticalistas de los gobiernos de facto”. La idea central era que la región podía y debía “resolver en forma conjunta sus problemas”, ímpetu que dio lugar a la proliferación de entidades como el NOA Turístico, NOA Educativo, NOA Laboral, NOA Aeronáutico, etc. (1991 [1974]: 172).

El NOA cultural buscó dar protagonismo a los municipios y comunas rurales a través de una participación efectiva en las políticas de planificación, distribución de recursos y ejecución de programas, llegando a movilizar equipos de especialistas e investigadores que elaboraron una serie de estudios pensados para ser integrados en una síntesis. La política de regionalización se vio proyectada en el surgimiento del NEA, COMAHUE, Cuyo y Patagonia Cultural; en 1971 los titulares de los organismos provinciales de cultura se reunieron en Salta por iniciativa del NOA Cultural para proclamar una organización regional, “como respuesta a la necesidad de integrar con equilibrio la comunidad argentina, preservando los rasgos típicos que fundamentan su vocación federal” (Risco Fernández 1991 [1974]: 174-75) En esa oportunidad se decidió la creación del Consejo Federal de Cultura, destinado a la planificación, elaboración presupuestaria y ejecución de políticas y programas, impulsando a su vez una ley para regular su funcionamiento.

El NOA Cultural fue alcanzado por la desarticulación institucional impuesta por la última dictadura. Risco Fernández rescata años después esa experiencia desde su dimensión filosófica, en cuanto buscó “la recomposición de la región como intersubjetividad encarnada, la reactivación de su núcleo ético-mítico y el reacomodamiento de su “macro-cuerpo” estructural”⁶. Ese fin orientó el accionar de referentes de distintas disciplinas a nivel sub-regional, comarcal y zonal, coordinando acciones entre dos o más provincias, para trascender los límites “hacia una comunidad mayor y autosuficiente de responsabilidades y destino” (1991 [1974]: 178-179)⁷.

El mismo deseo de profundizar en el conocimiento de las culturas del noroeste llevó al filósofo tucumano a impulsar un nuevo proyecto complementario, de orden más intelectual. Explica su surgimiento remontándose a un discurso que el rector-interventor de la Universidad Nacional de Tucumán, Héctor Ciapuscio, diera en 1971, en el que señalaba que esta institución se estaba distanciando de la función para la que había surgido, que era la de servir al desarrollo de la industria y la tecnología regional al servicio “del saber con aplicación práctica. De hecho Ciapuscio autorizó el financiamiento de programas culturales tendientes al fortalecimiento de la identidad local, como la filmación y proyección televisiva de la serie de Testimonios de Tucumán, realizada entre 1972 y 1973 junto a la FOTIA por el cineasta Gerardo Vallejo (Orquera 2006). Inmerso en el clima de su época, entendía la autonomía como una forma de descolonización, de inserción en el “común destino suramericano” y de “liberación del colonialismo interno ejercido por la metrópoli portuaria” (Risco Fernández 1991 [1974]: 175).

Compartiendo esa voluntad de autonomía en la región, en 1972 nace el Centro de Estudios Regionales de Tucumán, concebido como una alternativa a la concepción meramente administrativa de la región, siendo Risco Fernández su presidente hasta 1984. En la Declaración de principios, enunciada en el primer número de la revista *Cuadrante NOA*, “vehículo de identidad” del Centro (Juliá 1999: 6), se lo define como “un grupo interdisciplinario e independiente reunido sobre la base de preocupaciones compartidas”. La premisa más general es “la conciencia de pertenecer a una realidad histórico-cultural de vigorosos rasgos, hoy marginada del quehacer nacional, y de la situación de dependencia con respecto a una metrópolis que ignora a la región y le impone sus pautas en detrimento de su identidad”. Se subraya el desconcierto derivado de la crisis nacional y local, que se proyectaba a su vez en la Universidad - el país estaba bajo la dictadura dirigida por el Gral. Alejandro Agustín Lanusse y en 1966 se habían cerrado once de los veintisiete ingenios tucumanos- y el declive del Noroeste, acentuado por la falta de cohesión entre sus “hombres más capaces”, con el consecuente fracaso y desaliento en el ejercicio intelectual (Juliá 1999: 3).

En ese marco, el objetivo principal consiste en formar equipos de investigación interdisciplinarios para promover una transformación auténtica e integral de la región, para lo que se organizan conferencias y reuniones y se llevan a cabo algunas publicaciones, como la ya mencionada revista *Cuadrante NOA*, que incluye en cada número una ficha bio-bibliográfica dedicada a alguna figura de la región y una sección llamada “Crónica”, en la que se resumen las actividades realizadas. El primer número aparece en mayo de 1974 y se remonta al 21 de junio de 1972, cuando el Centro de Estudios Regionales se constituye formalmente, centrando las sesiones en torno a la discusión interdisciplinaria sobre los libros de Bernardo Canal Feijóo *De la estructura mediterránea argentina* y *Teoría de la ciudad argentina*; a continuación se realizan exposiciones individuales sobre el pensamiento de Juan B. Alberdi y dos obras de Alfredo Coviello, *Geografía intelectual de la República Argentina* y *El sentido integral de las universidades regionales*. Otros temas

instalados desde el comienzo, que serán constantemente frecuentados, son los atinentes a la Universidad -sus dirigentes, su historia y su presente- y el folklore, aspecto al que se le dedica un “Seminario de investigación sobre los cancioneros Populares del NOA”, bajo la coordinación del Octavio Corvalán. El buen recibimiento que tuvo el nuevo Centro se percibe, además, en el hecho de que el 24 de abril de 1972 el mismo Canal Feijóo ofrece una conferencia titulada “¿Qué pasa en el fondo?”, generándose un intercambio directo con los investigadores del nuevo espacio (*Cuadrante NOA* n°1, 1974: 65-67).

A partir de 1973 se advierte que se han establecido contactos con instituciones y organizaciones de Santiago del Estero, Salta y Córdoba, e incluso con el INCUPO (Instituto de Cultura Popular), creado en 1968 por un grupo de obispos del nordeste comprometidos con la alfabetización en zonas rurales marginales. Tal vínculo no resulta extraño porque Gaspar Risco había desarrollado un programa de ese tipo en el interior tucumano, inspirándose en Paulo Freire, mientras se desempeñaba como director del Consejo Provincial de Difusión Cultural. En 1976 *Cuadrante NOA* alcanza a tener corresponsales en Santiago del Estero y La Rioja (n° 3-4: 39), pero ese mismo año se interrumpe su publicación; aunque no se menciona la causa, resulta evidente que la última dictadura no contribuía al dinamismo intelectual de la región, y menos de Tucumán. Recién en 1982 se lanza el número 5, donde se informan las actividades desarrolladas durante ese lapso, centradas en conferencias referidas a Universidad, folklore, cultura, sociología, geografía y medicina de la región. Además en 1981 habían comenzado a desarrollarse las “Jornadas Culturales del Valle Calchaquí”, organizadas en coordinación con la Peña cultural El cardón, a fin de institucionalizar un ámbito de investigación sobre las comunidades vallistas, incentivando su participación en instancias de conducción (Wurschmidt s/a: 57). El Valle Calchaquí es tomado así como “experimento nucleador de una renovada propuesta de integración regional para las dispersas comunidades del NOA” (Risco Fernández 1991 [1984]: 195-196), como eje fundamental que interactúa en forma complementaria y conflictiva con el llano.

Cuadrante NOA publica un número sobre “Antropología y Folklore” en 1985 y en 1999 lanza el número nueve, en conmemoración de los veinticinco años de la fundación del Centro de Estudios Regionales, con una reseña de Francisco Juliá en la que destaca la relación “gravitante e interactiva” entre el NOA Cultural y el Consejo Provincial de Difusión Cultural, institución autárquica creada en 1959 que funcionó hasta 1977, cuando es absorbido por la Secretaría de Cultura, bajo la órbita del gobierno provincial. Esas instituciones marcaron el ritmo de un momento de auge creativo, en el que artistas e intelectuales manifestaban plena conciencia de una identidad norteña que, lejos de ser una condición dada y prefijada, pedía constante reflexión y reelaboración.

Configuraciones representacionales

Habiendo recorrido proyectos pensados en torno a la región desde el punto de vista cultural, nos internamos ahora en las representaciones discursivas que la contemplan. En primer lugar se presentan personajes míticos de amplio alcance, algunos de ascendente andino, como la Pachamama y el “Runa Uturunco”, y otros que responden a un contexto histórico más inmediato, como la leyenda de “La viuda”, “El duende” y mito de “El Familiar”, primera gran elaboración simbólica que aborda las consecuencias sociales de la industria azucarera. Esta comienza a mostrar su predominio en las primeras décadas del siglo XX, a distintos niveles: edilicio, por la construcción de ingenios y pueblos formados en torno a altísimas chimeneas; paisajístico, por el

predominio del cañaveral en las zonas llanas; institucional, debido a la creación de la Universidad y sus diversas dependencias; y representacional, por la aparición de un entramado discursivo que da cuenta de la incidencia del nuevo fenómeno desde un punto de vista estético y simbólico. Se trata de un fenómeno de aristas complejas, que genera un juego de identificaciones a menudo contradictorias entre los grupos de poder y los trabajadores.

De antecedentes hispánicos que se remontan a la época medieval, el mito de El Familiar fue reformulado oral y colectivamente hasta convertirse en una matriz capaz de condensar el efecto que producían los cambios económicos generados por la modernización en la población. Oscar Chamosa señala que en la Encuesta Nacional de Folklore realizada en 1921 por orden del Ministerio de Instrucción Pública ya se citan testimonios que dan cuenta de la amplia circulación del relato, los que fueron relativizados por Rougés y Padilla para evitar su publicación y editar en cambio una antología al cuidado de Carrizo, en la que El Familiar no aparece (2010: 112) Uno de esos testimonios es el de la maestra Isabel Delgado: “algunos paisanos creen que los industriales no deben su fortuna a su trabajo, sino a la protección del Diablo, quien, en la forma de un animal, vive en la casa de sus protegidos”. El Maligno toma generalmente la forma de un perro negro que arrastra gruesas cadenas, aunque puede aparecer también como sapo o viborón, y vive en el sótano del ingenio; el trato consiste en que se lo debe alimentar con un obrero cada año para asegurar la prosperidad de la empresa. Los valientes que deciden enfrentarlo deben ir provistos de una cruz, un puñal y agua bendita, pero rara vez logran su cometido; los dueños de la propiedad, por su parte, entregan su alma al Diablo a su muerte.

La capacidad de este relato para cifrar el trauma ocasionado por el nuevo orden y de adaptarse a distintos actores -los distintos dueños de ingenios- hizo que pronto se convirtiera en un relato maestro capaz de cifrar la historia moderna del noroeste y sus dramáticas consecuencias sobre la población, adquiriendo distintos matices desde Jujuy a Catamarca. Los trabajadores provenientes de esta provincia y de Santiago del Estero ocupan habitualmente el lugar del trabajador sacrificado, mientras que los dueños de ingenios a los que se les atribuye la firma del pacto corresponden a las familias más poderosas, como Hileret en Tucumán, Simón Padrós en Salta y Blaquier en Jujuy. Además, este mito es habitualmente asociado a los cambios adoptados por la estructura de poder a lo largo del Siglo XX, por lo que fue entramado a las desapariciones de obreros en los setenta, durante la última dictadura, antes de que se supiera lo que realmente ocurría. A su vez, asume códigos de distintos géneros: poesías, narraciones literarias, piezas de música popular (del folklore al rock y la fusión), piezas de arte visual y cinematográficas, como el largometraje *El Familiar*, de Octavio Getino, que ve en esta leyenda una metáfora del poder en la región, el país y el continente (Orquera 2013c)⁸. Si bien en el presente el mito se ha debilitado, junto la retracción del mundo que lo vio crecer, no deja de mantener cierta vigencia y, en todo caso, no ha nacido ningún otro relato que alcance su potencia simbólica ni su capacidad de inserción en la identidad de los zafreros.

Ahora bien, si el mito de El Familiar constituye el mito vertebral del noroeste agroindustrial, la producción poético-musical, narrativa y cinematográfica de Atahualpa Yupanqui supone una elaboración simbólica de envergadura equivalente. Además de folklorista y guitarrista, este artista es el gran articulador entre el espacio pampeano y el andino, entre el fenómeno de representación de las masas en lo político y lo cultural y entre el hombre calchaquí y el zafrero, que a menudo es el mismo sujeto que padece la discriminación, la explotación económica y la exclusión de los derechos otorgados por la nación (Orquera 2008). Construye así un universo donde la principal fuente de afirmación del sujeto es la inserción en su “paisaje”. Por eso su

personaje ideal es el “paisano”, al que define como “el que lleva el país adentro”; ese país, siguiendo las huellas de Ricardo Rojas, toma la forma de la selva, la Pampa y el Ande, geografías culturales que transita a fondo hasta que decide residir en el noroeste entre 1932 y 1946, haciendo de los cerros tucumanos la base para realizar largos viajes por la región. Su mirada crítica sobre las relaciones étnicas y sociales quedan registrados en composiciones paradigmáticas, como *La viajera*, *Zambita de los pobres*, *Vidala del cañaverl*, *Zamba del grillo*, *Luna tucumana*, así como de una serie de “arribeñas” que expresan una estructura andina del sentir, en el poemario *Piedra sola* y la novela *Cerro Bayo*. Su residencia en Tucumán termina debido a circunstancias personales y políticas, por su afiliación al Partido Comunista, que hace que sus amigos en Raco le quiten su apoyo y lo fuercen a una dolorosa partida, que queda fijada en la zamba *Adiós Tucumán*. En estos primeros años Yupanqui actúa en programas radiales y adquiere popularidad, imprimiendo su visión del noroeste, profunda, crítica y esperanzada, en el imaginario nacional. Incluso llega a participar como actor en dos filmes que elaboran una representación de ese mundo y trasuntan su propia forma de pensar, *Horizontes de Piedra* (1956), dirigida por Román Viñoly Barreto y basada en *Cerro Bayo*, y *Zafra*, dirigida por Lucas Demare (Orquera 2013b). En disidencia con el peronismo -que le restringía el acceso a los medios de difusión-, parte hacia Europa del Este y Francia, bajo la tutela de su Partido, iniciando un camino fundamental para el conocimiento del folklore del norte -y también el de la región pampeana- en esos territorios (Orquera 2013a).

La construcción de la región literaria desde proyectos colectivos

Otra importante vía interpretativa de la región proviene del rumbo autoral colectivo iniciado por el grupo literario La Carpa, que articuló su reflexión en relación con la poesía. Los cuadernos y boletines publicados en 1944 -principal manifestación pública del grupo- se preocupan por detallar la lista de integrantes y su procedencia: el tercero de ellos, la *Muestra colectiva de poemas*, suerte de “manifiesto”, reúne textos de los poetas acaso más significativos: Raúl Galán (oriundo de Jujuy y residente entonces en Tucumán), Manuel Castilla, Raúl Aráoz Anzoátegui y José Fernández Molina (Salta), María Adela Agudo (Santiago del Estero), Nicandro Pereyra, Julio Ardiles Gray, María Elvira Juárez (Tucumán) y Sara San Martín (nacida en Tucumán, criada en Jujuy y residente en la época en su provincia natal). En el resto de las publicaciones participan Alba Marina Manzóllilo, Julio Víctor Posse, Juan H. Figueroa, Eduardo Joubin Colombes, Alcira del Blanco, Víctor Massuh, Enrique Kreibohm, Fernando Nadra, J. Octaviano Taire, Lázaro Barbieri y Víctor Candalaft (Tucumán), Manuel Corte Carrillo y Alberto Burnichón (Jujuy); Alberto Santiago (Jujuy), Carola Briones (Santiago del Estero) y María Emilia Azar (Catamarca).

Dichas publicaciones se arman y editan en la ciudad de San Miguel de Tucumán, principal “sede” del grupo, donde Galán, Ardiles Gray, San Martín y Pereyra asisten a las clases que dictaban profesores como Enrique Anderson Imbert, Marcos A. Morínigo, Eugenio Puciarrelli, en la Facultad de Filosofía y Letras. En esta provincia se organizan también ciertas actividades que pueden considerarse antecedentes en la formación de La Carpa: la “Antología Oral de Poetas del Norte” (quizá la primera reunión de poetas de la región, celebrada el 10 de julio de 1943) y las funciones de títeres, estimuladas por la presencia en la provincia de Alberto Burnichón y Ben Ami Voloj, que ofrece funciones en Salta, Jujuy y Santiago del Estero, donde se realizan además conferencias y recitales de poesía, en las que participan diversos integrantes del grupo (Martínez Zuccardi, 2012: 295-438).

El prólogo a la *Muestra colectiva de poemas* establece dos rasgos comunes a los integrantes del grupo: la pertenencia al Noroeste argentino y el amor por la región: “Los autores de estos poemas hemos nacido y residimos en el Norte de la República Argentina pero no tenemos ningún mensaje regionalista que transmitir, como no sea nuestro amor por este retazo de país donde el paisaje alcanza sus más altas galas y en el cual el hombre identifica su sed de libertad con la razón misma de vivir” (Agudo y otros, 1944: 10). La claridad y la seguridad con que se afirma una identidad regional valorable para la práctica poética se diferencia del “regionalismo” entendido como mero pintoresquismo:

Se está aquí en más cercano contacto con la tierra, con las tradiciones y el pasado, elementos auténticamente poéticos que no son responsables de las secreciones de cierto *nativismo* mezquino que encubre su prosa con el injerto de giros regionales y de palabras aborígenes. Por ello proclamamos nuestro absoluto divorcio con esa floración de “poetas folkloristas” que ensucian las expresiones del arte y del saber popular utilizándolos de ingredientes supletorios de su impotencia lírica.

Toman ellos de la tierra lo que tiene de más superficial y anecdótico. Nosotros preferimos el galardón de la Poesía buscando las esencias más íntimas del paisaje e interesándonos de verdad por la tragedia del indio, al que amamos y contemplamos como un prójimo y no como un elemento decorativo.

Nada debemos a los falsos “*folkloristas*”. Tenemos conciencia de que en esta parte del país la Poesía comienza con nosotros (Agudo y otros, 1944: 10; énfasis en el original).

Los integrantes de La Carpa se atribuyen el inicio de la “auténtica” poesía del Norte, como indica la controvertida frase final del fragmento citado, que manifiesta la temprana conciencia de la singularidad de la propia propuesta, basada en conjugar la pertenencia regional con el afán de universalidad (Martínez Zuccardi, 2012: 353-362). Las lecturas de Rilke, Milosz, Neruda, Vallejo, García Lorca y Huidobro se potencian con el sentido casi profesional con el que asumen el oficio de poetas, fundado en las ideas de compromiso, seriedad, autenticidad, consagración y conciencia. En cambio, ven en figura del escritor aficionado meros traductores del paisaje que conciben la poesía como un hobby o una tarjeta postal (Martínez Zuccardi 2012: 430-431).

Aunque los límites de este trabajo impiden un recorrido detenido, cabe destacar un movimiento literario de alcance regional y repercusión nacional formado en Jujuy. Nos referimos al grupo Tarja, integrado por Néstor Groppa -cordobés radicado en Jujuy desde 1952-, el pintor Medardo Pantoja y los poetas Mario Calvetti, Mario Busignani y Andrés Fidalgo, el que se expresó a través de una revista de arte y literatura que llevaba el mismo nombre. Entre las varias acepciones que admite el vocablo “tarja”, ellos remiten a la que asume en el norte argentino, donde hace referencia a una libreta en la que se anota lo que se ha cosechado en la zafra azucarera y lo que se ha consumido, siendo la diferencia “la faena del día concluido”. Según recuerda Groppa, “el primer número, de diciembre del 55, representa precisamente una libreta de tarja, que la diseñó Pantoja con el nombre escrito a mano. El segundo, salió con un dibujo de él, cuyo original vendimos y con eso financiamos parte del tercer número”. El grupo llega a publicar quince números de la revista (el siguiente no llega a imprimirse), con ayuda de artistas plásticos de renombre, como Policastro, Castagnino, Spilimbergo, Pons, Carlos Alonso, Urruchúa, Colmeiro y Soldi, que cedían obras para la tapa e incluso originales para que de su venta se financiaran algunos números. Publicaron escritores como León Benarós, Gastón Gori, Alfredo Veiravé, Manuel Castilla, Jaime Dávalos, Raúl Galán, Carlos Mastronardi, Gudiño Kramer, Juan L. Ortiz, Ruiz

Daudet, Mané Bernardo, Tizón, Alonso, Gertrudis Chale, Libertad Demitrópulos, Aráoz Anzoátegui, Miguel Angel Viola y Nicandro Pereyra, entre otros (Groppa 1997).

Antologías literarias del NOA

Ahora bien, volvemos a La Carpa y su *Muestra colectiva de poemas* en cuanto ésta es probablemente la primera reunión en un volumen de un conjunto de textos de poetas de distintas provincias de la región. Más adelante, se publican antologías en el campo de la narrativa, como *27 cuentos del norte argentino* (1968) del tucumano Gustavo Bravo Figueroa y *Cuentos del NOA* (1975) del santiagueño Octavio Corvalán, quien se desempeñaba como docente de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán y estaba vinculado además al centro de estudios regionales aludido antes. Puede conjeturarse que estos volúmenes tuvieron una amplia circulación, en tanto ambos son reeditados en breve tiempo (*27 cuentos del norte argentino*, publicado en 1968 alcanza una tercera edición en 1970, mientras que *Cuentos del NOA* tiene una primera edición de 1975 y una segunda en 1982).

Ambos libros coinciden en afirmar que la literatura de la región posee rasgos que la distinguen de la literatura producida en otras zonas del país. *27 cuentos del Norte argentino*, se propone acercar a los adolescentes del NOA cuentos más cercanos a su realidad que aquellos incluidos en los manuales “oficiales”. Como afirma Bravo Figueroa, en los cuentos seleccionados están presentes “nuestros hombres y mitos, nuestros paisajes, costumbres e idiosincrasia” y, de ese modo, el lector puede encontrar en la antología “la imagen viva de la naturaleza del Norte Argentino” y al “hombre -cerrero, vallista o montés- fiel a sus lares” (1968: 15-16)⁹. La aspiración es que los relatos puedan “acercarnos a nuestro pueblo y a nuestra gente”, que generen un sentimiento de solidaridad en el lector. Él entiende además que los cuentos “señalan una regionalidad espiritual, conservan un perfume a evocación lírica, distintos al de otras regiones del país. Por eso el Norte argentino es para nosotros una gran provincia; y tanto lo consideramos así que los cuentos de esta antología no van separados por compartimientos geográficos” (16).

En el prólogo a *Cuentos del NOA*, Corvalán coincide con Bravo Figueroa en vislumbrar una suerte de identidad espiritual en la región y por eso no separa los textos de acuerdo a provincias de origen¹⁰. Señala que “estamos acostumbrados a entender por literatura nacional la literatura de Buenos Aires, o al menos la literatura producida allí”, por lo que “las creaciones del interior quedan relegadas a un capítulo generalmente llamado ‘literatura regional’ o ‘de provincias’” al que se le asigna implícitamente un carácter marginal y prescindible (Corvalán, 1975: 9). Entiende que si bien Buenos Aires, dado su carácter portuario, ha sido históricamente “más sensible” a las corrientes literarias europeas, no ve como un mérito en sí el estar al día con las novedades venidas de afuera y nota que “los escritores provincianos manejan el arte de narrar con igual pericia y pareja conciencia profesional que los porteños”. Para Corvalán el “idioma que se habla y se escribe en el Noroeste es diferente”, porque las estructuras sociales están “sustentadas por una historia y una tradición distintas” y el ritmo vital de la región también es diferente. Todos esos factores contribuirían a que “el hombre de esta región -enmarcado en paisajes diversos, que ni son pampeanos ni de gran metrópoli- tenga peripecias existenciales, reacciones, conductas diferentes y que reclame del escritor acomodar su medio expresivo a esa realidad peculiar” (9-10).

Al mismo tiempo, Corvalán resalta la calidad literaria de cada autor y su “carácter universal”. Así, al presentar a Luis Franco dice que “rebasas las fronteras regionales por la universalidad de los temas, por la calidad de su estilo y por su prestigio bien ganado” (37). A Ramón Alberto Pérez lo presenta como un “escritor excéntrico con respecto a la noción convencional del escritor regional”, por “la claridad de su frase, la limpidez de su lenguaje y la atmósfera irreal que crean sus cuentos” (92). De Octavio Cejas afirma que sus cuentos se despegan de “lo meramente pintoresco” (114) y de Ángel María Vargas, que hay en sus textos “pocas concesiones al folklorismo que suele caracterizar a los narradores llamados ‘regionales’” (51). Un último ejemplo, entre otros: Corvalán plantea que en sus cuentos Julio Ardiles Gray “teje un complicado lienzo donde cabe lo criollo, lo cosmopolita, la gran tradición literaria occidental y el humilde tema campesino”. En tal sentido, Ardiles Gray habría cumplido la pretensión de La Carpa de “insertar lo regional en lo universal” (105), sugiriendo la vigencia del afán de distinguir el regionalismo pintoresquista de la literatura regional, que es al mismo tiempo universal.

La crítica literaria

Una intervención pionera en el campo de la crítica literaria sobre la literatura del Noroeste es el artículo de 1954 de Alfredo Roggiano, docente de la Facultad de Filosofía y Letras tucumana desde fines de la década de 1940 por un breve período. Titulado “Seis poetas del Norte argentino”, el estudio se detiene en los casos de María Adela Agudo, Raúl Aráoz Anzoátegui, Mario Busignani, Manuel J. Castilla, Raúl Galán y Guillermo Orce Remis, aunque traza un panorama más amplio sobre la poesía de la región. Se trata probablemente del primer estudio sistemático sobre ese objeto. Roggiano destaca la cantidad, la variedad y la calidad de la “poesía que por aquí se hace”, aunque lamenta el hecho de que los poetas del interior sean desconocidos a causa del predominio de la “gran urbe” en la “realidad cultural argentina”. A sus ojos, si bien “las voces del interior” han asumido en el siglo XX una responsabilidad propia y una conciencia independizada de Buenos Aires, tal conciencia se ve perjudicada por la concentración del mercado editorial y los medios de difusión en la capital. Piensa que si se lograra una cohesión por encima de egoísmos, sería posible integrar las diferentes regiones del país, que surgirían “como entidades culturales propias y formarán un concierto de armonías diferenciables, en cuya diversidad se ha de fundar la unidad espiritual de la nacionalidad” (Roggiano, 1954: 73-74).

En 1966 David Lagmanovich, estudiante en los años iniciales de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán y luego docente en sus claustros, da a conocer el artículo “El Norte argentino, una realidad literaria”. Coincide con Roggiano en señalar que la concentración de la actividad literaria en Buenos Aires tiene como consecuencia que la literatura argentina de “con frecuencia la impresión de girar exclusivamente” en torno de la capital. Afirma, sin embargo, que las “provincias del interior -algunas de las cuales conocieron vida organizada antes de la fundación de Buenos Aires- tienen sus propias tradiciones de cultura, sus instituciones propias, su distinta manera -muchas veces- de entender la vida y el arte” (1966: 117). En el mapa del país, resalta al Noroeste como una región distinta, tanto por su historia como porque articula un mundo y un hombre más ligado “con la América raigal e indígena que cuanto pudiera suponerse desde la orgullosa y ‘europea’ capital” (117-118).

Este artículo parece ser una suerte de anticipo del libro que posteriormente da a conocer Lagmanovich, *Literatura del Noroeste argentino* (escrito en 1965 aunque publicado en 1974) que será fundamental en los estudios sobre este campo. El libro traza un panorama -hasta entonces

no realizado en esas dimensiones- de la producción poética y narrativa de las provincias de la región en un período que va de la década de 1940 a mediados de la de 1960, así como de la labor de instituciones, grupos, revistas literarias y suplementos de periódicos. Además, ofrece lo que Lagmanovich llama una “pequeña antología” de textos de los autores considerados y pasa revista a las reflexiones sobre la región norteña trazadas en escritos programáticos que a juicio del autor intentaron una “elucidación teórica en el ámbito mismo de la región”: declaraciones de principios de revistas como *Cántico* (1940) o *Tarja* (1955), el “manifiesto” de La Carpa (1944) y textos de historiadores de la región como Raúl Armando Bazán, de quien cita el libro *Las bases históricas del regionalismo cultural argentino* (1959), que concibe la realidad cultural del país como un fenómeno de diversas perspectivas y acentos, donde distintas áreas integran una “cultura nacional” que compagina “armoniosamente esas diversas facetas y matices” (Lagmanovich 1974: 89). El conjunto de estos textos otorgan densidad conceptual a la literatura regional, que va más allá de la “mera sucesión de obras” (79).

Otro libro dedicado a pensar la literatura de la región es *Contrapunto y fuga. (Poesía y ficción del NOA)*, del antes nombrado Octavio Corvalán. Escrito en 1987 y publicado recién en 2008, el libro dibuja un movimiento que va desde el presente al pasado, tomando como punto de partida la poesía de Arturo Álvarez Sosa y la novela *Pretérito Perfecto* de Hugo Foguet: “(C)reí mi deber probar que había una literatura del noroeste argentino en la cual inscribir a la singular poesía de Álvarez Sosa y a la notable novela de Foguet”, dice Corvalán (2008: 17). Preguntándose a partir de qué momento es lícito hablar de literatura del noroeste, entendida como un *corpus* analizable en toda la región y no como una sumatoria de obras individuales, “sin cohesión ni complicidad entre los coetáneos”, reconoce una serie de hitos en las décadas de 1920, 1940 y 1960 (17-19), pero afirma, de modo más radical, que dejando de lado algunos talentos aislados, “es necesario llegar casi al medio siglo XX para poder hablar con razón de una *literatura*” (32, énfasis del autor). En este proceso tiene mucho que ver La Carpa, al haber renovado el rumbo de la escritura poética dejando atrás los resabios modernistas o vanguardistas (47). Y se remonta a las preocupaciones de ese grupo para plantear una serie de interrogantes: 1) ¿existe una literatura regional, perfilada y distinguible dentro del espectro más amplio que llamamos literatura nacional?; 2) ¿qué factores hacen que esa literatura sea regional?; 3) ¿es el ámbito geográfico donde el poeta nació lo que determina su regionalismo? (21-23). Quitando importancia al hecho de que los autores hayan nacido en la región y traten temas de la región, Corvalán destaca como rasgo distintivo regional la identificación hombre-naturaleza, considerada ésta como el “espíritu mismo que el paisaje instala en sus habitantes”, por el que el hombre “se siente piedra de los cerros, viento de la puna, cardón del páramo, y busca que su canto sea la voz misma de esos elementos” (24-25).

Conclusiones

A modo de cierre vamos a retomar el hilo Atahualpa Yupanqui, quien en 1968 decide hacer de Francia su lugar de residencia; sin embargo, su huella no se borra con su partida, sino que se ahonda. Su construcción imaginaria del noroeste se constituye en eje de una vertiente heterodoxa de la cultura argentina, que va del Puerto hacia adentro, en busca de sus honduras históricas y sociales. Expresión de esas formas de sentir y de pensar entretrejidas en el “paisaje” - que está lejos de reducirse a un mero marco decorativo-, su huella se enlaza con la escritura de poetas de La Carpa, sobre todo en Manuel J. Castilla, así como de los integrantes de Tarja, especialmente Néstor Groppa y Medardo Pantoja. Los tres comparten la experiencia de haber

recorrido Bolivia y conocer la vida de los mineros, que lleva al primero a escribir *Indio de carga* y a Castilla *Copajira*. Justamente, Groppa (1997) sugiere que todos los que quieran escribir sobre el Norte deben adentrarse en el mundo andino, “porque allí está el centro de esa civilización”; Castilla, por su parte, se conecta con el vanguardismo del grupo Orkopata en Potosí (Kaliman 1998) y esparce su poética en todo el noroeste, llegando hasta Mendoza. El y Armando Tejada Gómez tensan el eje poético andino, convirtiéndose en polo de atracción y referencia para otros poetas, entre los que se distingue actualmente el tucumano Néstor “Poli” Soria, autor de la letra de la zamba “El arribeño”, con música de Juan Falú, cuya obra ha sido compilada en un libro que vuelve a asegurar el vínculo con la tierra: *Este paisaje es mío* (1990).

En el mismo sentido, dos tucumanos que en los años veinte pasaban los veranos en Maimará, Chivo y Leda Valladares, se ven igualmente seducidos por los conocimientos a contracorriente que ofrece “la barbarie”, al decir de Rodolfo Kusch, otro empedernido caminante de los norteños lares (Orquera 2015 y 2011). Ya en los sesenta, bajo los vientos lanzados por la Revolución Cubana, el principal referente de la canción social latinoamericana es Yupanqui, quien venía denunciando desde hacía treinta años las injusticias padecidas por el zafrero, tema recuperado en *Zafra. Poema musical y anunciación* (1966), de Ariel Petrocelli (poesía) y Pepe y Gerardo Núñez (música), residentes los dos últimos en Tucumán, obra integral que toma al zafrero como agente de una historia regional que debe buscar un futuro de liberación (Orquera 2010b). Son los años en los que comienza a emerger la figura de Mercedes Sosa, hija de padre zafrero, quien hace interpretaciones tempranas de dos temas de *Zafra*: Los machetes y Luna de mayo.

La rueda de la cultura no deja de andar. Muerde la caña del trapiche y el jugo se transforma en historias de vida y representaciones innumerables, en las que los proyectos intelectuales se enfrentan a menudo con las elaboraciones estéticas alimentadas en sentimientos. Claro que esa trama se ve interrumpida y en gran medida desarticulada por la última dictadura, que implica el silencio o la autocensura de los artistas socialmente comprometidos, cuando no el exilio o la muerte (Falú 2010). Ese tejido es reconstruido lenta y parcialmente a partir del retorno democrático. A pesar de las presiones para disolver los discursos asociados a lo local provenientes del neoliberalismo internacionalista y la creciente globalización, la identidad norteña sigue presente hoy en día, lo mismo que la potencia productiva del imaginario que ella produce. Porque la cultura va mucho más allá de movimientos estéticos: se introduce en las venas y los pensamientos, en los recuerdos, las nostalgias y las revoluciones, y sigue girando, tirando hacia su norte, buscando sus regularidades en el espejo complejo de la propia historia.

Bibliografía

- Agudo, María Adela y otros, 1944. *Muestra colectiva de poemas*. Tucumán, La Carpa.
- Bazán, Armando Raúl, 1986. *Historia del Noroeste Argentino*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- , Ed, 2000. *La cultura del Noroeste argentino*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- Bravo, María Celia y Daniel Campi, 2010. “Aproximación a la historia de Tucumán en el siglo XX. Una propuesta de interpretación”, en Fabiola Orquera (ed.), *Ese ardiente jardín de la República. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán 1880-1975*. Córdoba, Alción: 13-44.
- y Mirta Hillen, 2011. “El proyecto universitario de Descole y el rol del periodismo constructivo como instrumento del desarrollo regional, Tucumán 1946-1951”, en María Celia

Bravo (comp.), *Docentes, científicos, artistas e intelectuales en la creación de la Universidad Nacional de Tucumán (1910-1960)*. Tucumán, EDUNT.

Bravo Figueroa, Gustavo A., 1968. *27 cuentos del norte argentino*. Buenos Aires, Atenas.

Canal Feijóo, Bernardo, 2010. *De la estructura mediterránea argentina [1948] y Teoría de la ciudad argentina [1951]*, en *Ensayos sobre cultura y territorio*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes y Prometeo.

Centro de Estudios Regionales, 1974. "Declaración de principios", en *Cuadrante NOA*, n° 1: 3-4

Corvalán, Octavio, 1975. *Cuentos del NOA*. Buenos Aires, Andes.

-----, 1987. *Contrapunto y fuga* (Poesía y ficción del NOA). Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

Coviello, Alfredo, 1941. *El sentido integral de las universidades regionales*. Tucumán, La Raza.

-----, 1994 [1941]. *Geografía intelectual de la República Argentina*. Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación/ Fraterna.

Chamosa, Oscar, 2010. *The Argentine Folklore Movement. Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955*. Tucson, The University of Arizona Press.

Cheín, Diego, 2010. "Provincianos y porteños. La trayectoria de Juan Alfonso Carrizo en el período de emergencia y consolidación del campo nacional de la folclorología (1935-1955)", en F. Orquera (ed.), *Ese ardiente jardín de la República*: 161-190.

Díaz Suárez Néstor y Amalia Enrico, 2006. "Instituto Cinefotográfico UNT (ICUNT). Apuntes para una Historia II", en *Actas del primer congreso sobre la historia de la Universidad*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán. Accesible en:

http://www.archivo.unt.edu.ar/attachments/059_suarezhenrico.pdf

Falú, Juan (2010) "Ese remanso de la noche...", en F. Orquera (ed.), *Ese Ardiente Jardín de la República*: 435-443 [Entrevista de la editora]

Fasce, Pablo, 2014. "Una modernidad situada: la obra de Ernesto Soto Avendaño en el noroeste argentino", en *Estudios Sociales del NOA* n° 13: 33-46.

En: [file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/529-1108-3-PB%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/529-1108-3-PB%20(1).pdf)

Geertz, Clifford, 1973. *The interpretation of Cultures*. New York, Basic Books.

Gorelik, Adrián, 2004. "Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo", en *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires, Siglo XXI: 17-68.

Groppa, Néstor, 1997. "QSL. Aquí Jujuy, clamando" [Entrevista de Jorge Brega] en *La marea. Revista de cultura, arte e ideas*, n° 10. En:

<http://lm-conferencias.blogspot.com.ar/2011/05/nelstor-groppa-el-poeta-debe-abarcarlo.html>

Juliá, Francisco, 1999. "El Centro de Estudios Regionales en sus Bodas de Plata", en *Cuadrante NOA* n° 9: 3-7.

Kaliman, Ricardo, 1998. "Ser indio donde 'no hay indios'. Discursos identitarios en el noroeste argentino", en Mabel Moraña (ed.), *Indigenismo hacia el fin del milenio. Homenaje a Antonio Cornejo-Polar*. Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh: 285-297.

-----, 2003. "Viña y cielo, luna y arena: el espacio calchaquí en el folclore argentino moderno", en *Anales Nueva Época*, n° 6: 443-460.

Karasik, Gabriela, 2007. "Celebraciones y colonialidad: investigadores y nativos en el extremo noroeste argentino", en *Actas de las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. San Miguel de Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. En: <http://cdsa.aacademica.org/000-108/188.pdf>

Kirchner, John A., 1980. *Sugar and Seasonal Labor Migration. The case of Tucumán, Argentina*. Chicago, The University of Chicago.

- Lagmanovich, David, 1966. "El Norte argentino: una realidad literaria", en *Universidad* n° 69: 117-140.
- , 1974. *La literatura del Noroeste argentino*. Rosario, Biblioteca.
- Leoni Pinto, Ramón, 1995. "Historiografía en Tucumán (1880-1950). Autores, obras y problemas", en *La historia como cuestión. In memoriam Antonio Pérez Amuchástegui*. La Rioja, Canguro.
- Martínez, Ana Teresa, 2010. "Estudio preliminar. Leer a Bernardo Canal Feijóo", en *Ensayos sobre cultura y territorio*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes y Prometeo: 13-38.
- Martínez Zuccardi, Soledad, 2007. "El Norte y la nación en Juan B. Terán, Ricardo Rojas y Alfredo Coviello", en *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*, n° 5, Año IV: 137-160.
- , 2012. "El Norte como instrumento de equilibrio nacional. Juan B. Terán, Ricardo Rojas y la Universidad de Tucumán", en Paula Laguarda y Flavia Fiorucci (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*, Rosario, Prohistoria.
- , 2012. *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*. Buenos Aires, Corregidor.
- Orquera, Fabiola, 2015. "El proyecto musical de Leda Valladares: del sustrato romántico a una concepción ancestral-vanguardista de la argentinidad", en *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*. Vol.5, 2. En: <https://corpusarchivos.revues.org/1479>
- , 2013a. "From the Andes to Paris: Atahualpa Yupanqui, the Communist Party and the Latin American political folk song movement", en Robert Adlington (ed.), *Red Strains: Music and Communism Outside the Communist Bloc After 1945*. Londres, The British Academy and Oxford University Press: 105-118.
- , 2013b. "Por una arqueología indoamericana de las masas argentinas: *Horizontes de Piedra* (1956) y *Zafra* (1959)", en *Representaciones Audiovisuales de las Masas: Perspectivas Comparadas*, Mirta Varela y Mariano Mestman, coords. Buenos Aires, EUDEBA: 135-149.
- , 2013c. "Entre Perón y los Andes: El Familiar (1972), de Octavio Getino, o la pulsión mítica del cine político", en *Revista Páginas*, Revista digital de la Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario (Dossier especial sobre cultura y política), n° 8: 53-75.
- , 2011. "Música, espacio andino y "habitus de clase": el caso del singular compositor argentino Rolando "Chivo" Valladares", *Latin American Music Review* 31:2: 182-209.
- , 2010a. "Crisis social y reconfiguración simbólica del lugar de pertenencia: sentidos de la "tucumanidad" en un contexto de crisis (1966-1973)", en F. Orquera (ed.), *Ese Ardiente Jardín de la República*: 267-294.
- , 2010b. "En la senda de una cultura argentina heterodoxa: *Zafra* (1966), de los Hermanos Núñez y Ariel Petrocelli": *Nostromo. Revista Crítica Latinoamericana* (Colegio de Chihuahua y UNAM), n° 3: 208-213.
- , 2008. "Marxismo, peronismo, indocriollismo. Atahualpa Yupanqui y el norte argentino", *Studies in Latin American Popular Culture* 27, University of Texas Press, n°28: 185-205.
- , 2006. "Gerónima Sequeida: intervención en el imaginario de 'lo argentino' desde el 'canto de la tierra'", en Zulma Palermo (coord.), *Cuerpo(s) de mujer. Representación simbólica y crítica cultural*, Córdoba, Ferreira Editora: 207-228.
- Páez de la Torre, Carlos (h), 2004. *Crónica histórica de la Universidad Nacional de Tucumán. Período 1914-1923. La etapa provincial y los comienzos de la nacionalización*. Tucumán, Ediciones del Rectorado, Universidad Nacional de Tucumán.
- , 2010. *Pedes in terra ad sidera visus. Vida y tarea de Juan B. Terán (1880-1938)*. Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo/Academia Nacional de la Historia/Academia Argentina de Letras.

- Pereyra, Diego (2014-2015). "Planificación y sociología en el primer peronismo: los congresos del PINOA (1946-1950), en *Anuario IEHS*, n° 29-30: 125-139.
- Risco Fernández, Gaspar, 1991. *Cultura y región*. Tucumán, Centro de Estudios Regionales /Instituto Internacional "Jacques Maritain" de la Universidad Nacional de Tucumán.
- , 1991 [1976]. Región y "macro-cuerpo", en *Cultura y región*: 43-59
- , 1991 [1974]. "La región como teoría y como praxis en el NOA", *Cuadrante NOA* 1, Centro de Estudios Regionales: 9-|7. Reproducido en *Cultura y región*: 165-179.
- , 1991 [1986]. "El NOA: superposiciones culturales e identidad regional", en *VVAA: educar con el pueblo desde su cultura*. Buenos Aires: Editorial Docencia. Reproducido en *Cultura y región*: 101-164.
- , 1991. "Gerónima Sequeira, cantora: trabajo y conciencia crítica", en *Cultura y región*: 237-254.
- Rojas, Ricardo, 1915. *La Universidad de Tucumán. Tres conferencias*. Buenos Aires, Librería Argentina de Enrique García.
- Roggiano, Alfredo, 1954. "Seis poetas del Norte argentino", en *Norte. Revista Argentina de Cultura* n° 6: 73-104.
- Terán, Juan B., s/f. "Origen de una nueva universidad", en *Una nueva universidad*. Tucumán, Imprenta Prebisch y Violetto.
- , 1964. "Proyecto de ley de creación de la Universidad", en *Compilación histórica de la Universidad Nacional de Tucumán. Desde su fundación hasta el 31 de diciembre de 1936*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Vessuri, Hebe, 1971. "La estructura socioeconómica local en una colonia agrícola tucumana: campesinos y empresarios. Buenos Aires, CICSO.
- , 1978. "Family, Kinship and Work among Rural Proletarians in Tucumán, Argentina", en A. Marks y R. Romer (eds.), *Family, Kinship and Work in Middle America and the Caribbean*. Leiden, Holanda, The Royal Linguistics and Anthropology Institute: 181-226.
- Würschmidt, Enrique, 1982. "Jornadas Culturales del Valle Calchaquí", en *Cuadrante NOA* n° 6-7: 57-59.

NOTAS

¹ Para una referencia a las composiciones folklóricas centradas en el mundo de la vid ver Kaliman (2003).

² Un análisis más extenso de este problema puede encontrarse en Martínez Zuccardi (2007, 2011).

³ Fue publicado originariamente por Terán en el libro *Una nueva Universidad*, sin fecha en el pie de imprenta; Carlos Páez de la Torre sostiene, aduciendo distintos motivos, que es de 1917 (2010: 323).

⁴ Se ocupan en mayor detalle del proyecto de Descole Bravo y Hillen (2011).

⁵ Por otro lado, si bien registró coplas que daban cuenta de héroes populares y de actitudes de rebeldía entre los paisanos, evitó menciones a críticas directas a los dueños de ingenio y al catolicismo (Chamosa 2010: 107-109) Como recibía críticas por estas omisiones, Carrizo afirmaba que estaba preparando un cancionero "tabernario" que no llegó a publicar y que, a falta de pruebas tangibles, quedó más bien como leyenda (Chein 2010: 187).

⁶ Basándose en las reflexiones del filósofo cristiano Benjamín Aybar, define el concepto de región "el modo peculiar e irreplicable que tiene la subjetividad encarnada en "micro-cuerpo" de crecer como intersubjetividad encarnada en "macro-cuerpo" hacia su plenitud siempre futura y siempre superior" (1991 [1976]: 56).

⁷ Los referentes fueron: Enrique Würschmidt y Enrique Setti (Geografía), Orlando Lázaro y Ramón Leoni Pinto (Historia), Jorge E. Saltor (Filosofía), Luis M. García y Alejandro Llanes Navarro (Educación), Lauro N. Fagalde (Universidad), Francisco Juliá y Octavio Corbalán (Literatura) Jorge M. Bianchi (Psicología), José A. Vece y Pedro Vega (Folklore) y Hugo Ferullo (Economía humana) (1991[1974]: 177).

⁸ El universo textual surgido en torno a este tema es materia de un artículo en curso. Entre los artistas que lo han abordado se puede mencionar a los poetas Manuel Aldonate, José Augusto Moreno y Ariel Petrocelli, a los narradores y recopiladores de relatos orales Octavio Cejas y Lucía Mercado, al artista plástico Ezequiel Linares, al dramaturgo Carlos

Alsina, a los cineastas Gerardo Vallejo y Octavio Getino, el historiador, ensayista y narrador Eduardo Rozenzwaig, y al grupo de fusión musical Mate de Luna, entre otros.

⁹ Los autores antologados son Jorge W. Ábalos, Julio Aramburu, Julio Ardiles Gray, Juan José Botelli, Carola Briones, Fausto Burgos, Bernardo Canal Feijóo, Manuel J. Castilla, Alberto Córdoba, Juan Carlos Dávalos, Hugo Foguet, Francisco Ramón Díaz, Luis Franco, Juan José Hernández, Alba Omil, Daniel Ovejero, Alberto Pérez, Miguel A. Pereyra, Carlos B. Quiroga, Ricardo Rojas, Pablo Rojas Paz.

¹⁰ *Cuentos del Noa* incluye relatos de Juan Carlos Dávalos, Daniel Ovejero, Luis Franco, Carlos Domingo Yáñez, Ángel María Vargas, Tito Maggi, Jorge W. Ábalos, Ramón Alberto Pérez, Manuel J. Castilla, Julio Ardiles Gray, Guido Orlando Ávila, Octavio Cejas, Héctor Tizón, Juan José Hernández, Carlos Hugo Aparicio, Jorge Estrella.

Soledad Martínez Zuccardi
CONICET-INVELEC
soledadmz@uolsinectis.com.ar

Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán, donde se desempeña como docente en la cátedra de Literatura Argentina II. Es investigadora asistente del CONICET. Ha publicado *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)* (Tucumán, UNT, 2005) y *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)* (Buenos Aires, Corregidor, 2012) y ha editado recientemente *Cartas a Nicandro. 1943-1948* (Santiago del Estero, EDUNSE, 2015), libro que rescata y estudia un epistolario inédito de la poeta María Adela Agudo. Ha difundido además numerosos artículos sobre literatura y cultura de Tucumán y del Noroeste, y sobre poesía de diversos autores argentinos.

Fabiola Orquera
CONICET-ISES
faorquera@gmail.com

Obtuvo el grado de Ph.D. in Spanish en Duke University (EEUU) y es Investigadora adjunta del CONICET (ISES). Investiga las relaciones entre política, identidades colectivas y prácticas culturales en la música, literatura y cine de Tucumán, teniendo en cuenta los vínculos con el noroeste y otras regiones del país, Latinoamérica y el mundo. Recibió premios como ensayista, editó *Ese ardiente jardín de la república. Formación y desarticulación de un 'campo' cultural (Tucumán, 1880-1975)* (Alción, 2010) y publicó estudios en medios nacionales e internacionales, destacándose "From the Andes to Paris: Atahualpa Yupanqui, the Communist Party and the Latin American political folk song movement" (*Red Strains: Music and Communism Outside the Communist Bloc After 1945* (R. Adlington, ed. Londres: The British Academy and Oxford University Press, 2013).